

ORIGEN E INICIO DE LA ONTOLOGIA

Grecia en los orígenes de la ontología: En sentido estricto, no se puede afirmar que Parménides, principal representante de la escuela de Elea, haya sido el primer pensador griego que reflexionó sobre el ser. Se descubre que esta preocupación ya estaba en la pregunta por el origen o por el fundamento del cosmos que hicieron los filósofos de la escuela de Mileto y con mayor razón en Heráclito.

El ser, es concebido y explicado como el origen, se mostró entonces como la esencia de las cosas y del mundo, como aquello (agua, fuego, aire, etc.) que hace que las cosas sean lo que son. Los primeros filósofos no utilizaron directamente la palabra ser, sino origen (arkhé), pero el sentido atribuido por ellos a éste permite concluir que su reflexión fue una indagación por el fundamento o por el ser de las cosas.

El ser y la permanencia de la realidad: Parménides es el primer autor que establece una crítica directa a la filosofía de Heráclito, y en ese sentido habló en forma expresa de la existencia de un único ser, cuya característica es permanecer ajeno al cambio, a las transformaciones. Dicho ser se concebía como un ser estático, sin tiempo y eterno. El hecho de no haber fragmentado el ser, de concebirlo como unidad, hace que se considere a este pensador como el fundador del tipo de pensamiento ontológico.

En su poema sobre el ser, del cual sólo se conservan algunos fragmentos, Parménides expresa esta idea en la famosa tesis: “sólo el ser es porque es ser; en cambio la nada no es”. En primer lugar, se deduce que es imposible que aquello que “es” deje de ser y, así mismo, que aquello que no es pueda llegar a ser, con lo que Parménides quería negar el planteamiento de Heráclito, según el cual todo cambia y se transforma de manera continua.

La única realidad es el Ser: Para Parménides, no existe un paso, un tránsito entre el ser y el no ser, precisamente porque la noción del “no ser” es la negación del ser, de la existencia. El no ser es la nada absoluta, el vacío y el ser es lo que es. Pero,

¿Qué expresa más exactamente este es? La totalidad de lo existente, el mundo, las cosas, los hombres. De acuerdo con este planteamiento, quienes conciben la vida como un movimiento del ser al no ser, permanecen en el mundo de los sentidos, del cuerpo, pues son ellos los que nos proporcionan la apariencia de que las cosas cambian constantemente. En realidad las cosas “no llegan a ser” sino que siempre han sido, y por ello no existe un paso, ni siquiera un salto, de lo que “no es” al “ser”, lo cual sería un contrasentido.

Imposibilidad del no Ser: Así, si una cosa es (una silla, un tablero o un libro) entendemos que en realidad es, tiene una existencia y una esencia. Lo que no podemos pensar ni decir es que dicha cosa (la silla, el tablero o el libro) “sea” y “no sea” al mismo tiempo. En segundo lugar, de la tesis de Parménides se desprende la concepción del ser como “no engendrado” e “incorruptible”. Si el ser es lo que siempre es, no habría la posibilidad de pensar un inicio, un primer momento, en el que no haya sido. Así mismo, si se piensa que algo que no es procede del ser, sería una contradicción porque, en esencia ya sería.

Principales características del Ser: En este sentido, se infiere que el ser, por ser eterno, es incorruptible, ya que no admite cambio o mutación. Nunca desaparece o muere realmente. La muerte de las cosas y de los hombres no es precisamente un estado de no ser o de la nada, sino una forma de ser y de existir de diferente manera.

Por último, Parménides sostiene la identidad entre el pensar y el ser, puesto que es imposible pensar el no ser, es decir, aquello que no existe. El pensamiento necesariamente expresa la realidad, lo que es y no la nada. Sobre lo que no es, sostiene el filósofo, no se puede pensar ni decir nada.

Pensar y Ser: Así el pensar el logos, es el encargado de mostrar el sentido del ser, ya que las sensaciones nos engañan. Pero si el pensamiento es una copia fiel de la realidad, su labor no es dudar, sino poner en evidencia su identidad absoluta con el ser. Parménides elaboró así una concepción realista del conocimiento, en donde las

ideas no son propiamente una construcción del pensamiento sino un fiel reflejo de la realidad.

El pensamiento de Parménides tuvo una influencia notable, no solo en la Grecia antigua, sino en la historia de la filosofía y las discusiones que en adelante se establecen, siempre se remiten a los planteamientos ontológicos de Parménides y a su discusión fundamental con la concepción de Heráclito acerca del movimiento.

Desarrollo del pensamiento ontológico: Se puede identificar la época antigua, en particular en la filosofía de Platón y de Aristóteles, una reflexión de carácter ontológico. Para tratar la concepción del ser en la filosofía de Platón es necesario partir de su teoría del mundo suprasensible.

Este filósofo griego, en sus explicaciones sobre el cosmos y sobre los sentidos de las cosas, planteó la existencia de una realidad que se encuentra más allá del mundo natural material, constituido por una naturaleza inteligible. De acuerdo con este planteamiento, las cosas son los que son, no por ellas mismas, por su realidad material, sino porque participan y se encuentran determinadas por una realidad superior, por un mundo, llamado el mundo de las ideas, del cual nuestro mundo es sólo una mala copia.

Así, para Platón hay dos planos del ser: el mundo material o sensible y el mundo suprasensible o invisible. El primero es el mundo de la experiencia sensible, de las apariencias, el que debe ser superado para alcanzar el mundo de las ideas, el mundo de las verdades absolutas. El mundo de las ideas es el único ser verdadero, donde están las ideas o las esencias de las cosas existentes.

El ser universal en Aristóteles: Por su parte, Aristóteles en su obra la *Metafísica*, plantea que antes que indagar por un ser en particular, como lo hace la física o la matemática, la metafísica se pregunta por el ser “en cuanto ser” es decir, por un ser general, universal.

El aporte de Aristóteles está en afirmar que la sustancia material es la causa del ser del mundo, en oposición a la mayoría de los filósofos

anteriores, quienes atribuyeron el origen del mundo a principios divinos e inmateriales. Sin embargo el filósofo griego también reconoce otra serie de causas, especialmente cuando habla de la forma y del compuesto, como otro tipo de sustancias que determinan el ser de todo lo que existe.

La sustancia material, como su nombre lo indica, es el principio constitutivo de las realidades sensibles, es el sustrato, la base de la forma: por ejemplo, la madera sirve como materia prima para construir la silla, lo cual es el resultado final cuando adquiere la forma. El compuesto, como la unidad de materia y forma, es también la sustancia que define el ser de las cosas. Por último, la forma es el principio por excelencia, es decir, que aquello mejor define la esencia de las cosas o de los seres.

Por ejemplo, en el caso del ser humano, que está compuesto por materia (cuerpo) y de la forma (alma), es la forma la que define, en últimas, su esencia, aunque el hombre necesite del cuerpo para existir. Pero, vale la pena mencionar que Aristóteles va a sostener que hay un único ser que tiene pleno derecho de ser sustancia puramente formal y este ser es “Dios”.

LA FILOSOFÍA DEL SER (Parménides y Heráclito)

Los problemas que deja al descubierto la filosofía eleática guardan relación con los nombres familiares a la escuela, con la época en que la ciudad de Elea aparece fundada en la costa de Lucania, al sur de Italia, y, sobre todo, con la carencia de los fragmentos auténticos que nos han sido legados, objeto las más de las veces de interpretaciones dispares y hasta contradictorias, que han puesto en evidencia el rigor y la significación de un pensamiento, rico en derivaciones de todo origen, pero especialmente en los campos de la teoría del ser y de la doctrina del conocimiento, ambos elevados a preocupación máxima en los tiempos que preceden inmediatamente a Sócrates.

La nómina de la escuela eleática queda, pues en circunscrita a tres hombres de reconocida talla, como son Parménides, Zenón y Meliso.

Si el impulso metafísico que patentiza la escuela de Elea tiene indudables raíces jónicas, la originalidad de estilo y las nuevas rutas que marcan Parménides y Zenón quedan también a salvo.

Son ambos, de manera incuestionable, más metafísicos que Jenófanes, y realizan además, como hombres típicos de escuela, una labor sistemática que los acerca a los grandes pensadores herederos de Sócrates tanto como los aleja de las concepciones míticas y de las fórmulas religiosas tradicionales, teñidas todavía en muchos casos de fuerte irracionalismo.

Orientación Filosófica: Aún con el grave obstáculo que suponen la pérdida de muchos fragmentos auténticos, la significación de la escuela de Elea por lo que se deduce de los textos que han llegado hasta nosotros, queda plenamente evidenciada en el rigor con que selecciona los materiales existentes y en el hecho de que los problemas que plantea, y trata de resolver, son problemas que afectan al ser, pero así mismo a la facultad de conocerlo y de juzgarlo.

En cuanto a la raíz pitagórica, que no es nada dudosa, y menos lo es en referencia a la filosofía de Platón, la diversidad de concepción se constituye por un nuevo camino: la propensión a admitir una realidad continua por esencia, cosa que los pitagóricos no habían llegado a comprender y que, por notorio contraste, Parménides formula ya con toda nitidez en el fragmento XIII de su poema sobre la naturaleza:

No fue jamás ni será, ya que es ahora, en toda su integridad uno y continuo. Porque, en efecto, ¿qué origen podrías buscarle? ¿De dónde le vendría su crecimiento? No te permitiré que me digas o que pienses que haya podido venir del No-Ser, porque no se puede decir ni pensar que el Ser no sea.